

A scenic landscape featuring a river in the background, lush greenery, and a large tree with pink blossoms in the foreground. Two people are sitting on the grass, looking at a map. One person is wearing a plaid shirt and the other is wearing a blue cap and dark clothing. A blue bag is on the ground between them. A black bench is visible in the bottom right corner.

El Espíritu Católico

que todos
deberíamos tener

John Wesley

El Espíritu Católico

Que Todos Deberíamos Tener

John Wesley

COLOMBIA PARA CRISTO
Calle 44 No. 13-69 - Local: 1
Tels.: 338 47 16 - 338 38 07
Bogotá - Colombia

The Catholic Spirit, What All of Us Should Know

Spanish Edition

Copyright 2015 Voice Media

info@VM1.global

Web home: www.VM1.global

All rights reserved. No part of the publication may be reproduced, distributed or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic, or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, email the publisher, addressed “Attention: Permission Coordinator,” at the address above.

This publication **may not be sold, and is for free distribution** only.

EL ESPIRITU CATOLICO

Que Todos Deberíamos Tener

“Partiéndose luego de allí se encontró con Jonadab hijo de Recab; y después que lo hubo saludado, le dijo: ¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo? Y Jonadab dijo: Lo es. Pues que lo es, dame la mano” (2 Reyes 10:15).

1. Aun aquellos que no pagan la gran deuda, aceptan que se debe tener amor por toda la humanidad. La ley de Dios, *“amarás a tu prójimo como a ti mismo,”* es evidente para todos los que la oyen, a pesar de la forma miserable que le han dado los zelotes de todos los tiempos: *“Amarás a tu prójimo,”* a tu pariente, a tu conocido, a tu amigo, *“y aborrecerás a tu enemigo.”* *“Mas yo os digo,”* dijo el Señor, *“amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os calumnian y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; que hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos.”*
2. Ciertamente que hay un amor especial que debemos a aquellos que aman a Dios. Así lo dijo David: *“Para los santos que están en la tierra, y para los íntegros, es toda mi complacencia.”* Y así lo dijo uno más grande que él: *“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como*

os he amado, que también os améis los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros “(Juan 13:34,35). Este es el amor en el cual insiste con tanta frecuencia y en forma tan vehemente el apóstol Juan: “Este,” dice él, “es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros” (1 Juan 3:11). “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (versículo 16). Y, de nuevo: “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios... . El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (4:7,8). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (versículos 10 y 11).

3. Todos los hombres lo aprueban; pero, ¿todos los hombres lo ponen en práctica? La experiencia diaria demuestra lo contrario. Aún más, ¿dónde están los cristianos que se aman unos a otros, como El nos ha mandado? ¡Cuántos obstáculos hay en el camino! Los dos obstáculos más grandes y comunes son, en primer lugar, que los hombres no pueden pensar de la misma manera y, como consecuencia, en segundo lugar, no pueden andar de la misma manera; luego, en algunos pocos aspectos, su práctica del amor tiene que diferir en proporción a la diferencia de sus sentimientos.

4. Pero, aunque la diferencia de opiniones y de formas de culto puedan obstaculizar una completa unidad exterior, ¿es necesario que impidan nuestra unión en el afecto? Aunque no podamos pensar de la misma manera, ¿no podemos amar de la misma manera? ¿No podemos tener un solo corazón, aunque no tengamos una misma opinión? Sin duda alguna lo podemos hacer. Aún más, todos los hijos de Dios pueden unirse a pesar de estas pequeñas diferencias. Ellas existirán mientras ellos existan, pero, pueden ayudarse unos a otros con amor y con buenas obras.

5. Con seguridad, en este aspecto, el ejemplo de Jehú, a pesar de su carácter atolondrado, es digno de atención y de imitación por parte de todos los cristianos sinceros. *“Partiéndose luego de allí se encontró con Jonadab hijo de Recab; y después que lo hubo saludado, le dijo: ¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo? Y Jonadab dijo: Lo es. Pues que lo es, dame la mano.”*

El texto anterior se divide naturalmente en dos partes: La primera, es la pregunta hecha por Jehú a Jonadab: *“¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo?”* La segunda, es la oferta hecha con base en la respuesta de Jonadab, *“lo es:”* *“Pues que lo es, dame la mano.”*

I. 1. Consideremos, primero, la pregunta hecha por Jehú a Jonadab: *“¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo.”*

En estas palabras, lo que debemos observar primero es que no se pregunta por las opiniones de Jonadab. Y, sin embargo, él tenía ciertamente algunas que eran poco comunes y bastante peculiares sobre él mismo; además de otras que tenían estrecha relación con su manera de obrar, y sobre las cuales dejó, asimismo, un encargo tan grande como para que lo sobrellevaran los hijos de sus hijos hasta su última posteridad. Esto es evidente en el relato hecho por Jeremías muchos años después de su muerte: *“Tomé entonces a Jaazanías... a sus hermanos, a todos sus hijos, y a toda la familia de los recabitas... . Y puse delante de los hijos de la familia de los recabitas tazas y copas llenas de vino, y les dije: Bebed vino. Mas ellos dijeron: No beberemos vino; porque Jonadab, (o Jehonadab,) hijo de Recab nuestro padre (sería mejor decir: Jonadab nuestro padre, el hijo de Recab, por cuyo amor y veneración deseó, probablemente, que sus descendientes fueran llamados por su nombre...) nos mandó, de no beber vino en todos nuestros días, ni nosotros, ni nuestras mujeres, ni nuestros hijos... y de no tener viña, ni heredad, ni sementera. Moramos, pues, en tiendas, y hemos obedecido y hecho conforme a todas las cosas que nos mandó Jonadab nuestro padre”* (Jeremías 35:3-10).

2. Y sin embargo, Jehú (aunque parece que había sido costumbre suya comportarse alocadamente, tanto en las cosas seculares como en las religiosas) no se preocupó para nada por ninguna de ellas, sino que dejó que Jonadab abundara en su propio juicio. Y ninguno de ellos parece haberse preocupado lo más mínimo por las opiniones del otro.

3. Es muy posible que muchos hombres buenos también puedan tener opiniones peculiares, y que algunos de ellos sean tan excéntricos en esto como lo fue Jonadab. Es cierto que en tanto que conocemos sólo *en parte*, todos los hombres no ven todas las cosas del mismo modo. Es una consecuencia inevitable de la debilidad y de las deficiencias reales del entendimiento humano el que algunos hombres tengan diversidad de opiniones, tanto en religión como en la vida ordinaria. Así ha sido desde el principio del mundo, y así será “*hasta la restauración de todas las cosas.*”

4. Mejor dicho, aunque todo hombre cree necesariamente que toda opinión particular sostenida por él es verdadera (porque cree que sostener cualquier opinión que no sea verdadera es como no sostenerla), ningún hombre puede estar seguro, sin embargo, de que todas sus opiniones, tomadas en conjunto, sean verdaderas. No, todo hombre pensante está seguro que no lo son, teniendo en cuenta que *humanum est errare et nescire*, “ignorar muchas cosas, y equivocarse en algunas, es la necesaria condición humana.” Esto, por tanto, es sensato, es su propio caso. El sabe, por lo general, que él mismo se equivoca, aunque quizás no sepa o no pueda saber en qué circunstancias se equivoca.

5. Yo digo: “Quizás no pueda saber,” porque ¿quién puede decir hasta dónde puede llegar la ignorancia invencible, o (lo que es lo mismo) el prejuicio invencible que, a menudo, está tan arraigado en las mentes frágiles, que resulta imposible de extirparlo después de que ha echado raíces tan profundas? Y, ¿quién puede decir, a menos que conozca todas las circunstancias que lo acompañan, hasta dónde es culpable de cualquier error,

teniendo en cuenta que en toda culpa debe suponerse alguna concurrencia de la voluntad, de lo cual sólo puede juzgar el que escudriñe el corazón?

6. Por tanto, todo hombre sabio concederá a los demás la misma libertad de pensamiento que desea que ellos le concedan, y no insistirá en que acepten sus opiniones, más de lo que ellos tendrían que insistir para que él aceptara las suyas. Es indulgente con aquellos que no están de acuerdo con él, y sólo le preguntan con quienes desea unirse en amor con esta sencilla pregunta: “*¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo?*”

7. Podemos observar, en segundo lugar, que aquí no se pregunta por la forma de culto de Jonadab, aunque es muy probable que en este aspecto hubiera también alguna diferencia muy notable entre ambos. Pues bien, podemos creer que Jonadab, así como toda su posteridad, adoraban a Dios en Jerusalén, en tanto que Jehú no lo hacía, pues tenía en más estima la política que la religión. Y, por tanto, aunque dio muerte a los adoradores de Baal y “*exterminó a Baal de Israel,*” sin embargo, “*no se apartó*” del pecado del culto a los “*beceros de oro*” de Jeroboam (2 Reyes 10:29).

8. Pero, incluso entre los hombres de corazón recto, entre los hombres que desean “*tener una conciencia libre de culpa,*” se hace necesario que mientras haya diversidad de opiniones, haya diversas formas de adoración a Dios, ya que la diversidad de opiniones implica necesariamente diversidad de prácticas. Y así como los hombres han discrepado, en todas las épocas, nada menos que en sus opiniones con respecto al Ser Supre-

mo, así también en nada han discrepado más los unos de los otros que en la forma de adorarlo. Si esto hubiera ocurrido solamente en el mundo pagano, no sorprendería en absoluto, pues sabemos que ellos “por” su “sabiduría no conocieron a Dios,” ni tampoco pudieron saber cómo adorarlo. Pero, ¿no es extraño que aun en el mundo cristiano, en el que “*Dios es Espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren,*” las formas particulares del culto sean casi tan diversas como entre los paganos?

9. Y, ¿cómo escogeremos entre tanta diversidad? Ningún hombre puede escoger por otro, o darle normas a otro. Pero cada uno debe seguir los dictados de su propia conciencia, con sencillez y devota sinceridad. Debe estar plenamente convencido en su propia mente, y después obrar según la mejor inspiración que tenga. Ninguna criatura tiene poder para obligar a otro a andar según sus propias reglas. Dios no le ha dado derecho a ninguno de los hijos de los hombres para imponerse, hasta tal punto, sobre la conciencia de sus hermanos. Todo hombre debe juzgarse a sí mismo, así como todo hombre debe dar cuenta de sí mismo a Dios.

10. Por tanto, aunque todo seguidor de Cristo está obligado, por la misma naturaleza de la institución cristiana, a ser miembro de una u otra congregación particular, de alguna iglesia, como se dice usualmente (lo que implica una forma particular de culto a Dios, ya que “*dos no pueden andar juntos, a menos que se pongan de acuerdo*”); sin embargo, nadie puede ser obligado por ningún poder sobre la tierra, sino por el poder de su propia conciencia, para preferir ésta o aquella congregación, ésta o aquella forma de culto. Sé que se

supone generalmente que el lugar de nuestro nacimiento determina la iglesia a la cual debemos pertenecer; por ejemplo, el que nace en Inglaterra, debe ser miembro de la que se denomina Iglesia de Inglaterra y, en consecuencia, adorar a Dios en la forma particular en que esta iglesia lo prescribe. En un tiempo, yo fui un celoso defensor de esto; pero encuentro muchas razones para abolir este celo. Temo que está acompañado por dificultades de tal naturaleza, que ningún hombre razonable las puede superar. No siendo la menor la de que si esta norma se hubiese aceptado, no habría existido la Reforma, a juzgar por el papado, en vista de que éste destruye completamente el derecho al juicio privado, en el cual se sustenta la Reforma.

11. Por tanto, no me atrevo a presumir sobre la imposición de mi forma de culto a ningún otro. Creo que es verdaderamente primigenio y apostólico, pero lo que yo crea no es regla para otro. Por consiguiente, no le pregunto a quien llegue a unirme en amor: ¿Pertenece usted a mi iglesia, o a mi congregación? ¿Acepta usted la misma forma de gobierno eclesiástico, acepta los mismos dignatarios eclesiásticos que yo? ¿Se une usted a la misma forma de oración con la cual yo adoro a Dios? No le pregunto: ¿No recibe usted la Cena del Señor con la misma actitud y de la misma manera en que yo lo hago? Ni si en la administración del bautismo, ¿está usted de acuerdo conmigo en adoptar seguridades para el bautizado en la forma de administrárselo, o en la edad de aquellos a los que debe administrárseles el bautismo? Más aún, no le pregunto (tan claro como lo tengo en mi propia mente) si solamente acepta el bautismo y la Cena del Señor. Por el momento, dejemos estas cosas; ya hablaremos de ellas, si es necesario,

en una oportunidad más conveniente, ahora mi pregunta es ésta: “*¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo?*”

12. Pero, ¿qué es lo que quiere decir propiamente esta pregunta? No me refiero a lo que quiso decir Jehú con ella, sino ¿cómo la entendería un seguidor de Cristo cuando se la hiciera a cualquiera de sus hermanos?

Lo primero que quiere decir es esto: ¿Es su corazón recto para con Dios? ¿Cree usted en Su Ser y en Sus perfecciones; en Su eternidad, en Su inmensidad, en Su sabiduría, en Su poder, en Su justicia, en Su misericordia, en Su verdad? ¿Cree que El ahora “*sustenta todas las cosas con la Palabra de Su poder*”? ¿Que El gobierna aun lo más insignificante, aun lo más perjudicial para Su propia gloria y para el bien de aquellos que le aman? ¿Tiene usted una evidencia divina, una convicción sobrenatural de las cosas de Dios? ¿Usted “*por fe anda, no por vista,*” mirando no las cosas temporales, sino las cosas eternas?

13. ¿Cree usted en el Señor Jesucristo, “*Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos*”? ¿Se ha revelado El en su alma? ¿Conoce usted a Cristo, el Crucificado? ¿Mora El en usted y usted mora en El? ¿El se ha formado en su corazón por la fe? Al renunciar absolutamente a sus propias obras, a su propia justicia, ¿se ha sometido a “*la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo*”? ¿Lo ha “*encontrado no por su propia justicia, sino por la justicia que es por la fe*”? ¿Por El ha “*peleado la buena batalla de la fe, y echado mano de la vida eterna*”?

14. ¿Está llena su fe con la energía del amor? ¿Ama a Dios (no digo “sobre todas las cosas,” porque esta expresión además de no ser bíblica es ambigua, sino “*con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas*”? ¿Busca toda su felicidad solamente en El? ¿Encuentra lo que busca? ¿Su alma continuamente “*magnífica al Señor, y su espíritu se regocija en Dios, su Salvador*”? Habiendo aprendido a “*dar gracias en todo,*” ¿ha encontrado que “*es cosa grata y placentera ser agradecido*”? ¿Es Dios el centro de su alma, la síntesis de todos sus deseos? Y, por consiguiente, ¿está acumulando sus tesoros en el cielo, y considera todas las demás cosas como escoria y suciedad? ¿El amor de Dios ha desalojado de su alma el amor del mundo? Entonces, usted está “*crucificado para el mundo,*” está muerto para todo lo de abajo, y su “*vida está escondida con Cristo en Dios.*”

15. ¿Se emplea en hacer “*no su voluntad, sino la voluntad del que lo envió,*” de aquel que lo envió para que permaneciera aquí un tiempo, para que pasara unos pocos días en una tierra extraña hasta cuando hubiese terminado la obra que El le dio para que la hiciera, y regresase a la casa de su Padre? ¿Es su vianda y su bebida “*hacer la voluntad de su Padre que está en los cielos*”? ¿Es su ojo puro en todas las cosas, y está siempre fijo en El, siempre mirando a Jesús? ¿Se dirige siempre a El en todo lo que hace, en su trabajo, en sus negocios, en su conversación, atendiendo solamente a la gloria de Dios en todo, y “*todo lo que hace, sea de palabra o de obra, lo hace en nombre del Señor Jesús, dando gracias al Padre por medio de El*”?

16. ¿El amor de Dios hace que usted le sirva con temor para “*regocijarse ante El con reverencia*”? ¿Tiene más temor de desagradar a Dios que de la muerte o del infierno? ¿Nada es tan terrible para usted como la idea de ofender los ojos de Su gloria? En esta tierra, ¿aborrece todo lo malo, toda transgresión de Su santa y perfecta ley; e, incluso, “*procura tener una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres*”?

17. ¿Es su corazón recto para con su prójimo? ¿Ama a toda la humanidad, sin excepción, como a usted mismo? “*Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?*” ¿Usted “*ama a sus enemigos*”? ¿Está su alma llena de buena voluntad, de tierno afecto por sus enemigos? ¿Ama incluso a los enemigos de Dios, al desagradecido, al impío? ¿Suspiran sus entrañas por ellos? ¿Podría “desear” ser “maldito” temporalmente por su causa? ¿Manifiesta esto “*bendiciendo a los que le maldicen, y orando por los que le calumnian y persiguen*”?

18. ¿Demuestra su amor por medio de sus obras? ¿Cuando tiene tiempo, cuando tiene la oportunidad, “*hace el bien a todos los hombres,*” conocidos o extraños, amigos o enemigos, buenos o malos? ¿Les hace todo el bien que puede, esforzándose por satisfacer todas sus necesidades, ayudándoles tanto material como espiritualmente, hasta donde le es posible? Si está dispuesto de este modo, todo cristiano podrá expresar su asentimiento sólo si usted lo desea sinceramente y persiste hasta lograrlo, y entonces, “*su corazón es recto, como el mío es recto con el suyo.*”

II. 1. *“Pues que lo es, dame la mano.”* No quiero decir: *“Opine como yo.”* Usted no necesita decir: *“Eso espero, o lo deseo.”* Tampoco quiero decir: *“Opinaré como usted.”* No puedo hacer esto, no depende de mí. No puedo pensar en algo distinto a lo que veo o en lo que oigo, como lo desearía. Mantenga usted su opinión, y yo la mía; y hágalo tan firmemente como siempre. Ni siquiera necesita molestarse por venir a verme, ni porque yo vaya a verle. No deseo que discuta estos puntos, o que oiga o diga una palabra con respecto a ellos. Dejemos a un lado las opiniones de una parte o de la otra; sólo *“déme la mano.”*

2. No quiero decir: *“Acepte mis formas de culto,”* ni *“yo aceptaré las suyas.”* Esto también es algo que no depende de su elección o de la mía. Debemos obrar como cada uno esté convencido. Manténgase firme en aquello que crea es lo más aceptable para Dios, y yo haré lo mismo. Creo que la forma episcopal de gobierno eclesiástico es bíblica y apostólica. Si usted cree que la presbiteriana o la independiente son mejores, créalo siempre así y obre de conformidad. Creo que los niños deben ser bautizados, que puede hacerse por inmersión o aspersion. Si usted está convencido de algo distinto, que así sea siempre y siga su persuasión. Me parece que las oraciones formales son una costumbre excelente, particularmente en la gran congregación. Si usted considera que la oración improvisada sea más provechosa, actúe de la manera más conveniente de acuerdo con su juicio. Siento que no debe prohibir el bautismo en agua a las personas, y que debo comer el pan y beber el vino, en memoria de mi Maestro agonizante; sin embargo, si usted no está convencido de esto, obre según su punto de vista. No deseo discutir con usted, ni

por un momento, sobre ninguno de los párrafos anteriores. Dejemos a un lado todas estas pequeñas cuestiones. Jamás permitamos que vengan a cuento. “*Si su corazón es como el mío,*” si usted ama a Dios y a toda la humanidad, solamente le pido: “*déme la mano.*”

3. Quiero decir, primero, que me ame, y que no sea solamente como usted ama a toda la humanidad, no solamente como ama a sus enemigos, o a los enemigos de Dios, como ama a los que le aborrecen, a los que “*lo calumnian y persiguen;*” no solamente como a un extraño, como alguien de quien no sabemos lo bueno ni lo malo. No, no me siento satisfecho con esto. “*Si su corazón es recto, como el mío es recto con el suyo,*” entonces, ámeme con un afecto muy tierno, como al amigo que es más cercano que un hermano, como a un hermano en Cristo, como a un conciudadano de la Nueva Jerusalén, como a un compañero soldado, empeñado en la misma contienda, bajo el mismo Capitán de nuestra salvación. Ameme como a un compañero en el Reino y en la paciencia de Jesús, y como a un coheredero de Su gloria.

4. Ameme (pero en más alto grado que como lo hace con la mayor parte de la humanidad), ámeme con amor sufrido y bondadoso, que sea paciente si soy ignorante o ando descarriado, y que cargue con mi carga sin aumentarla; que siempre sea tierno, gentil y compasivo; que no sienta envidia, si en cualquier momento le place a Dios prosperarme en Su obra aún más que a usted. Ameme con amor que no sea provocado por mis locuras o por mis flaquezas o, incluso, por mi manera de actuar (si ella le parece algunas veces que no se ajusta a la voluntad de Dios). Ameme así, sin pensar mal de mí,

apartando todo celo y mala suposición. Ameme con amor que lo disculpe todo, que jamás revele mis faltas o flaquezas, que crea en todo; que siempre esté dispuesto a pensar lo mejor, a levantar la más hermosa construcción sobre todas mis palabras y mis actos; que lo espere todo, o aquello que se dijo y nunca se hizo, o lo que no se hizo en las mismas condiciones en que se dijo, o que se hizo con buena intención, o en un ataque repentino de la tentación. Espero, por fin, que todo lo que esté mal sea corregido por la gracia de Dios, y que todo lo que sea deficiente sea suplido por las riquezas de Su misericordia en Cristo Jesús.

5. Quiero decir, en segundo lugar, que me encomiende a Dios en todas sus oraciones, que luche con El en mi favor, para que corrija rápidamente lo que vea malo, y supla lo que El está esperando de mí. En su próximo acercamiento al trono de la gracia, pídale a Aquel que se halla presente ante usted, que mi corazón pueda ser más como el suyo, que pueda ser más recto tanto para Dios como para el hombre; que yo pueda tener una convicción plena de las cosas que no se ven, y una visión más potente del amor de Dios en Cristo Jesús; que pueda andar más firmemente por la fe, no por la vista, y que me aferre más fervientemente a la vida eterna. Ore para que el amor de Dios y de toda la humanidad pueda ser más grandemente derramado en mi corazón; que yo pueda ser más ferviente y activo para hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos; que sea más celoso de las buenas obras, y más cuidadoso para abstenerme de toda acometida del mal.

6. Quiero decir, en tercer lugar, que me induzca a amar y hacer buenas obras. Que ore, cuando tenga la opor-

tunidad, hablándome con amor de todo cuanto crea que es para la salud de mi alma. Anímeme en la obra que Dios me ha dado para que la haga, e instrúyame cómo hacerla más perfectamente. Sí, “*golpéeme amigablemente y censúreme,*” cuando quiera que le parezca que estoy haciendo mi propia voluntad en lugar de hacer la voluntad del que me envió. Dígame, sin guardarse nada, todo lo que crea que pueda llevarme, ya sea a enmendar mis faltas, fortaleciendo mi debilidad y edificándome en el amor, o a lo que me haga más apto, sea lo que sea, para el servicio del Maestro.

7. Quiero decir, por último, que me ame, no sólo de palabra, sino de hecho y verdaderamente. En conciencia, tanto como pueda (conservando siempre sus propias opiniones y su propia manera de adorar a Dios), únase a mí en la obra de Dios, y vamos de la mano. Y ciertamente tan lejos como pueda ir. Dondequiera que esté, hable reverentemente de la obra de Dios, sea quien fuere por medio de quien El trabaje, y hable bondadosamente de Sus mensajeros. Y, si puede hacerlo, no solamente expreseles su simpatía cuando se encuentren en cualquier congoja o dificultad, sino déles una asistencia animosa y eficaz para que puedan glorificar a Dios en nombre suyo.

8. Con respecto a lo que se ha dicho en el último apartado, se pueden observar dos cosas: La primera, que en cualquier amor, en cualquier ministerio del amor, en cualquier ayuda espiritual o temporal, le pido a aquel cuyo corazón sea recto como el mío es recto con el suyo, lo mismo que estoy listo a darle por la gracia de Dios, y según mis capacidades; la segunda, que no he hecho esta petición en mi favor solamente, sino a favor

de aquellos cuyo corazón sea recto para con Dios y para con el hombre, para que podamos amarnos unos a otros como Cristo nos amó.

III. 1. De lo que se ha dicho, puede sacarse una conclusión de la cual podemos aprender lo que es el espíritu católico.

Apenas existe alguna expresión que haya sido más burdamente malentendida, y más nociva y erróneamente aplicada que ésta; pero será fácil para cualquiera que considere tranquilamente las anteriores observaciones, corregir cualquier interpretación falsa y evitar cualquier mal uso de ella.

Porque de esto podemos aprender, en primer lugar, que el espíritu católico no es latitudinarismo especulativo. No es indiferencia ante todas las opiniones, lo que sería un engendro del infierno, y no la progenie del cielo. Esta perturbación del pensamiento, este ser "*llevados por doquiera de todo viento de doctrina,*" es una gran maldición, no una bendición; un enemigo irreconciliable, no un amigo para el verdadero catolicismo. Un hombre de verdadero espíritu católico no tiene que buscar su religión. El está fijo como el sol en su juicio con respecto a las derivaciones principales de la doctrina cristiana. Es cierto que siempre está listo a oír y a evaluar cualquier cosa que pueda surgir en contra de sus principios; pero, como esto no representa ninguna duda para su mente, tampoco hace que tenga ninguna duda. No vacila entre dos opiniones, ni se engaña vanamente mezclándolas en una. Los que no saben de qué espíritu son observen esto: Cuando se les llama hombres de espíritu católico sólo porque tienen un en-

tendimiento encenegado, porque tienen una mente nublada, porque carecen de principios firmes, consistentes, y en lugar de ello tienen un revoltijo de todas las opiniones, convénzanse de que han equivocado completamente el camino, y que no saben dónde se encuentran. Creen que han alcanzado el mismo espíritu de Cristo cuando, en verdad, están más cerca del espíritu del Anticristo. Vayan primero y apréndanse los principios elementales del Evangelio de Cristo, y después aprenderán a tener un verdadero espíritu católico.

2. De lo que se ha dicho podemos aprender, en segundo lugar, que el espíritu católico no es una especie de latitudinarismo práctico. No es indiferencia en cuanto al culto público, o en cuanto a la manera de exteriorizarlo. Tampoco es una bendición, sino una maldición. Mientras persista, lejos de ser una ayuda, será un obstáculo execrable para adorar a Dios en espíritu y en verdad. Pero el hombre de verdadero espíritu católico, al pesar todas las cosas en la balanza del santuario, no tiene dudas, ni escrúpulos de ninguna clase con respecto a la forma particular de culto a la que él se une. Está convencido claramente de que tal forma de culto a Dios es tanto bíblica como racional. No conoce nada en el mundo que sea más espiritual, nada que sea más racional. Por tanto, se abre paso sin titubeos, y pide a Dios la oportunidad de hacerlo así.

3. De aquí que podamos aprender, en tercer lugar, que el espíritu católico no es indiferencia por todas las congregaciones. Esto es otra especie de latitudinarismo no bíblico, no menos absurdo que el anterior. Pero está lejos de un hombre de verdadero espíritu católico. El permanece firme en su congregación, así como en sus

principios. Se aferra a la unidad, no sólo en espíritu, sino mediante todos los vínculos externos de la confraternidad cristiana. En su congregación, participa de todas las ordenanzas de Dios. Allí recibe la Cena del Señor. Allí derrama su alma en oración pública, y se une en pública alabanza y acción de gracias. Allí se regocija oyendo la Palabra de la reconciliación, el Evangelio de la gracia de Dios. Con sus íntimos y bien amados hermanos, busca a Dios por medio del ayuno en las ocasiones solemnes. Cuida particularmente de ellos con amor cuando agobian su alma, amonestando, exhortando, consolando y reprendiendo, edificándose unos a otros de todas formas en la fe. El los considera como su propia familia; y, por tanto, según las aptitudes que Dios le ha dado, cuida naturalmente de ellos, y se encarga de que puedan tener todas las cosas que son necesarias para la vida y la devoción.

4. Pero mientras él permanece firme en sus principios religiosos, en los que él cree que está la verdad como lo está en Jesús; mientras se aferra firmemente al culto de Dios que, según su opinión, considera más aceptable, y mientras está unido por medio de los vínculos más tiernos e íntimos a una congregación en particular, su corazón se agranda para dar cabida a toda la humanidad, para aquellos que conoce y para los que no conoce; abraza con fuerte y cordial afecto a conocidos y a extraños, a amigos y a enemigos. Este es el amor católico o universal. Y el que lo tiene es de espíritu católico. Porque sólo el amor da el título para este carácter: el amor católico es el espíritu católico.

5. Entonces, si tomamos esta palabra en sentido estricto, un hombre de espíritu católico es alguien que, de la

manera ya mencionada, da la mano a todos aquellos cuyos corazones son rectos con el suyo. Es alguien que sabe cómo valorar todas las ventajas de que disfruta, y ora a Dios por ellas en lo tocante al conocimiento de las cosas de Dios, a la verdadera forma bíblica de adorarlo y, sobre todo, a su unión con una congregación que teme a Dios y obra con justicia. Es alguien que guarda cuidadosamente estas bendiciones, cuidándolas como la niña de sus ojos y, al mismo tiempo, ama a todos como amigos, como hermanos en el Señor, como miembros de Cristo e hijos de Dios y coherederos de Su Reino eterno, de cualquier opinión, culto o congregación que crean en Jesucristo, que amen a Dios y al hombre, que se regocijen en agradecer a Dios y teman ofenderle, que sean cuidadosos en apartarse del mal, y celosos de las buenas obras. El hombre de verdadero espíritu católico es el que lleva continuamente a los demás en su corazón, el que tiene una ternura indecible por sus personas y anhela su bienestar, encomendándolos incesantemente a Dios en la oración, así como intercede por su causa ante los hombres. Es alguien que los conforta y que se esfuerza por medio de su palabra para fortalecer sus manos en Dios. Los asiste para animarlos hasta donde sea posible en las cosas espirituales y temporales. Está listo a "*gastar lo suyo y a gastarse él mismo por ellos;*" a entregar ciertamente su vida por su causa.

6. Usted, hombre de Dios, ¡piense en esto! Si ya está en el camino, siga adelante. Si en tiempos pasados ha equivocado sus pasos, ¡bendiga a Dios por haberlo traído de vuelta! Y, ahora, recorra el camino que tiene por delante, el camino real del amor universal. Ponga atención para que ni vacile en su juicio, ni se vea en apuros,

sino que permanezca en paz, aferrado a la fe que una vez fue dada a los santos, y afiáncese en el amor, en el verdadero amor católico, ¡hasta cuando sea absorbido en el amor por siempre jamás!

EL AMOR CATOLICO

Himno agregado a algunas ediciones
por Charles Wesley

Cansado de toda esta contienda verbal,
De estas nociones, y formas, y modos, y nombres,
A Ti, el Camino, la Verdad y la Vida,
Cuyo amor mi candoroso corazón inflama,
En forma divina enseñado, al fin vuelo
Contigo y en Tu amor para vivir y morir.

De en medio de Babel salidos
Partidos y sectas deo atrás;
Mi corazón agrandado, y mi pensamiento libre
Dondequiera la verdad oculta encuentro,
La verdad oculta que poseo con gozo,
Sometido sólo al nombre de Jesús.

Redimido por Tu gracia todopoderosa,
Me deleito en mi gloriosa libertad,
Con los brazos abiertos para abrazar al mundo,
Pero unido a los que a Ti se unen,
Pero sólo en el deleite de Tus santos,
Que andan con Dios en la más pura blancura.

Descanso siendo uno con el pequeño rebaño,
Con los fuertes miembros que sostienen la cabeza;
Los pocos escogidos con el perdón benditos,
Conducidos por el Espíritu que unge
A la mente que estuvo en Ti
A las profundidades de la Deidad.

Mis hermanos, mis amigos, mis parientes son
Los que hacen la voluntad de mi Padre celestial;
Los que aspiran a la perfecta santidad,
Y a cumplir todos Tus designios,
Sedientos de ser todo lo que Tú eres,
Y que con todo su corazón aman a su Dios.

Porque no obstante desunidos en la carne,
En toda la tierra dispersos, dondequiera
Encuentro amor ilimitado, no fingido
Y constante como la vida de Dios
Fuente de vida, de donde brota
Tan puro, tan igual, tan fuerte.

Unido a la iglesia anónima, desconocido
En este sólido vínculo de perfección,
Moro solo, anónimamente seguro,
En la gloria de la gracia unificadora
Dada a mí, a todo creyente,
A todos Tus santos en la tierra y en el cielo.

A painting of a river scene with two people in a boat. The scene is rendered in a soft, painterly style with a palette of blues, greens, and yellows. The background shows a hazy, sunlit sky and distant trees. The foreground is dominated by tall, thin reeds or grasses. In the middle ground, a small boat with two figures is on the water, their forms slightly blurred. The overall mood is serene and contemplative.

*“Partiéndose luego de allí
se encontró con
Jonadab hijo de Recab;
y después
que lo hubo saludado, le dijo:
¿Es recto tu corazón,
como el mío es recto
con el tuyo?
Y Jonadab dijo: Lo es.
Pues que lo es,
dame la mano”.*

2 Reyes 10:15

COLOMBIA PARA CRISTO

A.A. 95.300

SANTAFÉ DE BOGOTÁ